



De *La piel de toro*, de FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL.



A empresa española que en el mismo año terminaba la Reconquista y empezaba la Colonización, al hacerse plena en sí misma tenía que mostrar su plenitud al orbe entero y romper su viejo aislamiento. Las once flechas del haz de los Reyes marcaban once rumbos al Destino universal de España. Un hervor de potencia y una fiebre expansiva invadía la sangre de los españoles. Los soldados sabían que habían de fecundar tierras y mujeres en Nápoles, Milán, el Franco Condado, Flandes y Alemania. Los marinos presentían el desbordamiento de sus vidas por las Nuevas Españas indianas. El destino común de los españoles afectaba también a los hijos de los Reyes que iban llegando a la

edad nupcial. Cuatro Infantas y un Príncipe —como los cinco dedos de una mano— alegraban —para entristecerla más tarde— la vida de los Reyes. Cada infantita de España tenía pretendientes en todas las Cortes y por el rubio y pálido Príncipe de Asturias suspiraban Princesas tras los ventanales de todos los castillos europeos. Gales y el Delfinado, Viena y Borgoña, Lisboa, Glasgow y Escandinavia, necesitaban Infantas de Castilla que llevaran a los tronos un poco de la gloria acaparada por España en el venturoso finalizar del siglo xv. Infantas bellas, católicas, austeras, educadas por una madre genial y por los más ilustres maestros del Renacimiento español: Nebrija, Pulgar, Pedro Mártir, Alonso de Palencia, Montesinos, Cisneros...